

RUBÉN DARÍO Y ALFONSO REYES

Por algunos años he aplicado mi devoción a las obras de Rubén Darío y de Alfonso Reyes; sin hipérbole puedo afirmar que acaso conozca algo de ellos más que de mí mismo. Empero nunca he intentado las vidas paralelas ni los paralelos imposibles; a cada uno lo suyo, aconseja la menor justicia. En las *Obras* de Reyes, a mi cuidado, he puesto en notas darianas lo más visible, mejor, lo más necesario para la inteligencia textual; otras veces el nombre de Darío va a dar en las *Obras* de Reyes al índice analítico, como en el caso de "el Pindo sonoro", que figura en volumen XVIII, el último publicado, o en el epigrama de Anacreonte que Darío utilizó en *Azul* (a través de Baráibar) como lo hace el Reyes helenista en el citado volumen.

Y de palabra también tantas veces oí a Reyes evocar el nombre de Darío con veneración y conocimiento. Aquello que está "suspense / entre el violín y el arco" lo apasionaba. Versos de Darío menudcaban en su memoria, en palabra y obra, cosa en Reyes inextricable. Apenas muerto Darío, pidió desde Madrid a Pedro Henríquez Ureña, en Nueva York, todo lo que se supiera sobre los últimos días del poeta. Ahí mismo, en Madrid, Reyes contribuyó en *La Pluma* con las cartas de Darío a Nervo y hasta pronunció palabras municipales. Vuelto a México, patrocinó mis investigaciones en *El Colegio de México* sobre Rubén Darío, aun en desmedro de sus propias memorias, que yo le ofrecía tomar al dictado.

Nada de esto quiere decir en Reyes espíritu servil o imitación intencionada o desmañada; hay, es cierto, la respiración de la época, de cierta época que se sobrevivió en el siglo presente, entre los que "heredaron las conquistas [de Darío], pero las aprovecharon con intención y espíritu muy diversos", como ha escrito recientemente Jaime Torres Bodet, que en la lista incluye a Reyes al final, como al más joven y quizá como al más independiente.

La herencia libertadora de Darío en Reyes estaba además afirmada por lazos afectivos con su padre, el general Bernardo Reyes, pero esto ya lo he declarado en un trabajo particular.¹

¹ "Rubén Darío y los Reyes", en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, Managua, abril de 1963, vol. 6, núm. 31, pp. 18-22, donde

Reyes guardaba además entre los tesoros de su riquísima biblioteca, las cartas de Darío a Nervo, autógrafas, y el manuscrito original de "El soneto de trece versos" de los *Cantos de Vida y Esperanza*, por obsequio de Juan Ramón Jiménez, porque Darío lo consideraba muy mallarmeano, y Juan Ramón quiso premiar en Reyes esa afición.

Otro detalle de hermandad literaria, que Reyes en vida sólo descubrió parcialmente, lo constituye el breve epistolario. Reyes, quizá por modestia, dio a conocer únicamente la carta suya para Darío, que figura en *El Archivo* publicado por Ghirardo en Buenos Aires. La carta de Darío a Reyes, se publica hoy por primera vez, con autorización de los herederos de Reyes, acompañada de la página que *Mundial Magazine* dedicó por entero a la "Lamentación de Navidad" de Reyes, la colaboración que Darío le solicitó el 1º de septiembre de 1911. "Lamentación de Navidad" debía publicarse en *Mundial* en el número de diciembre de ese año, pero, como Reyes lo temía, la colaboración difícilmente llegaría a tiempo. Reyes pedía que si llegaba tarde, ya no se publicara más. Pero Darío la guardó un año y apareció en *Mundial*, con sorpresa de Reyes, en diciembre de 1912, año II, núm. 20, p. 696. Este hecho me lo refirió Reyes muchas veces, y lo daba como prueba en contrario del desorden bohemio que los biógrafos achacan al poeta. Es claro que, inconscientemente, establecía una proyección de su propio orden, al hacer de Darío un hombre ordenado. Los años le dieron la razón gozosamente, cuando apareció en Madrid el archivo conservado por Francisca Sánchez, pues esto vino a confirmarlo en una idea que sólo él sostenía. La carta lleva membrete de *Mundial Magazine*, escrita a máquina en su mayor parte, pero con correcciones manuscritas y posdatas marginales también manuscritas del mismo Darío.

La primera corrección corresponde a las señas parisienses de la revista, pues impreso se lee: 24, Boulevard des Capucines, 24 y Darío escribió encima: 2, Rue Herschel, y la fecha 1º Sept.-1911. A máquina: "Mi distinguido amigo: En número de MUNDIAL consagrado a la NAVIDAD será excepcional por el mérito de su colaboración literaria y artística, por la cantidad de trabajos que contendrá y porque cada país Hispano-Americano y Es-

incluyo "Shakespeare en la política hispanoamericana", artículo de Darío sobre la trágica muerte del general, publicado en *La Nación* de Buenos Aires y fechado en París, marzo de 1913, pieza inapreciable, todavía ausente en sus *Obras completas*.

pañá, estarán representados por uno de sus mejores escritores y poetas. / Ruégole se sirva enviarme una poesía de no (manuscrito: *muy*) larga extensión que tenga por tema la NAVIDAD. / Su producción será remunerada por la Administración de MUNDIAL al recibir el recibo correspondiente por la cantidad que V crea deber cobrar / Soy su alfmo. amigo y servidor. / *Rubén Darío.* / P. S. Ruégole me remita junto con su trabajo, una buena fotografía suya y algunos datos bio-bibliográficos”.

Las posdatas marginales quizá sean más interesantes; a una de ellas se refirió Reyes en la contestación en primer término: Aparece manuscrita en el margen izquierdo de la hoja.

Recibí su libro, bello y fuerte de sabia juventud (*Cuestiones estéticas*, París, Ollendorf, 1910). Va V., en mi sentir, de manera admirable. Ruégole, diga a Emilio Valenzuela, mi deseo de rendir un homenaje en *Mundial* a la memoria de su padre (Jesús E. Valenzuela). Necesito un buen retrato, y un artículo de quien mejor lo pueda hacer en México [*así, con x*].

En el margen derecho se lee, también manuscrito: “Envieme trabajos!”

Y en la esquina superior derecha, otro recado, manuscrito también:

Quiera pedir colaboración a nuestros brillantes amigos. Cuentos, impresiones, cosas *ilustrables*. Novelas si hay. Todo será remunerado lo más que se pueda, dentro del *budget*.

Reyes debió de recibir la carta de Darío el 19 de noviembre de 1911 o poco antes. Su carta parece contestada en caliente. Su poesía —él mismo lo dice— fue escrita forzando un poco la musa, que se negaba al comportamiento navideño antes del 24 de diciembre. Esta carta, aunque conocida ya, se reimprime a continuación, para que tenga más sentido la carta de Darío y la “Lamentación de Navidad” de Reyes. No es la exégesis nuestra intención por el momento; quizá haya otro en la vida para poner en claro todas las relaciones literarias y afectivas que se cruzaron entre estos hombres excepcionales. Por ahora, me limito a transcribir la carta:

México, noviembre 19 de 1911.

Señor Rubén Darío

En París.

Querido maestro:

Gracias, ante todo, por sus palabras generosas para mi libro, y por su invitación para que le envíe algo al *Mundial*. Por lo pronto, y obsequiando sus deseos que tanto me honran, le adjunto una "Lamentación de Navidad". Temo mucho que llegue tarde para el propósito de publicarla en el número de Navidad. Si así fuere, déla usted por no enviada, y ya no la publique, pues le confieso que he tenido que forzar un poquillo a la musa, que se empeñaba en no hacer versos de Nochebuena antes del 24 de diciembre.

Respecto a los datos biobibliográficos que me pide, casi nada puedo decirle. Usted sabe quiénes son mis padres. Tengo veintidós años; nací en Monterrey (Estado de Nuevo León, México), siendo allí mi padre gobernador. Estudio jurisprudencia a pesar mío, y por puro temor de lanzarme a la vida sin profesión, lo que me la prometería un tanto aventurada y azarosa. Y yo soy hombre que gusta de la estabilidad material; el reposo necesario para leer y escribir. No he publicado más que las *Cuestiones estéticas*, que usted conoce, por mucho que mi primera dedicación fueron los versos. Sé que en *nuestra América* hay riesgo en publicar prosa antes que verso, pues la mayoría de los poetas se refugian, tras de este accidente insignificante, para declarar que no es uno temperamentalmente poeta. Sin embargo he preferido hacerlo así, por el sencillo motivo de que sentí mi prosa más madura ya que mi verso. Yo no tengo la culpa de mis naturales ritmos de desarrollo, ni pretendo dar a estos fenómenos más importancia de la que tienen. Respecto a si soy o no soy poeta, temperamentalmente, me parece que aún es prematuro que yo mismo quiera decirlo.

En tanto, allí van mis versos —y el retrato—. Es posible que lo parezcan flojos. He luchado estos días, sin conseguir la serenidad creadora suficiente. Como no les tengo mucho cariño, tampoco me resuelvo a dedicarlos a usted. Yo espero, además, querido maestro, antes de permitirme dedicarle versos, tener ocasión de estar cerca de usted, de conocerle personalmente, y de que usted me conozca, para que mis pobres obras puedan siquiera entrañar para usted un recuerdo humano. Me parece que las dedicatorias, puramente literarias, nada significan; aún no me creo autorizado para otra cosa.

LAMENTACION DE NAVIDAD



I

*¡ Desolada la noche que algún día
tuere el asilo del placer eterno,
y, roja de leyenda, se enciende
á templar los rigores del invierno !*

*La Virgen desataba su corpiño.
Surge el milagro original que encierra,
y era, bajo los ojos de Aquel Niño,
reciente creación toda la tierra.*

*¡ Faro del mundo, estancia iluminada !
Como una mirada del destino,
la bandera de luces desplegada
sale de la ventana hacia el camino.*

*Y al lejos brillan esas chispas de oro
de seis ojos ardientes. Y son Ellos.
Y trotan con un impetuoso sonoro,
á la luna, dorados los camelios.*

*¡ Noche llena de luz ! Hay un derroche
de estrellas en vibrante caravana.
Y palpitan los senos de la noche
al jaderar de la familia humana.*

II

*No para tí se edificó la casa
modesta y recalcada en el camino ;
ni el lecho para tí, ni el pan, ni el vino
cobra tu fardo y adelante pasa.*

*No se encendió el fogón á tu regalo,
ni la charla sencilla de la venta
se movió para tí, ni te contenta :
que á golpes de dolor te has hecho malo.*

*No las claras surgenas de la vida
busques para tu labio consumido :
tú, á la prisión de hielo del oído,
no á la íntima fiesta recogido.*

*No vengas á turbar las emociones
que apagaste al soplar de la Razón.
Sigue, viajero ¡ ya tendrás canciones
para que puebles tu desolación !*

*Sigo... Mi labio, en el dolor, Te nombra.
¡ Ni el lecho para mí, ni el pan, ni el vino !
La tea empujo á descubrir camino :
¡ se apaga en las pestañas de la sombra !*

III

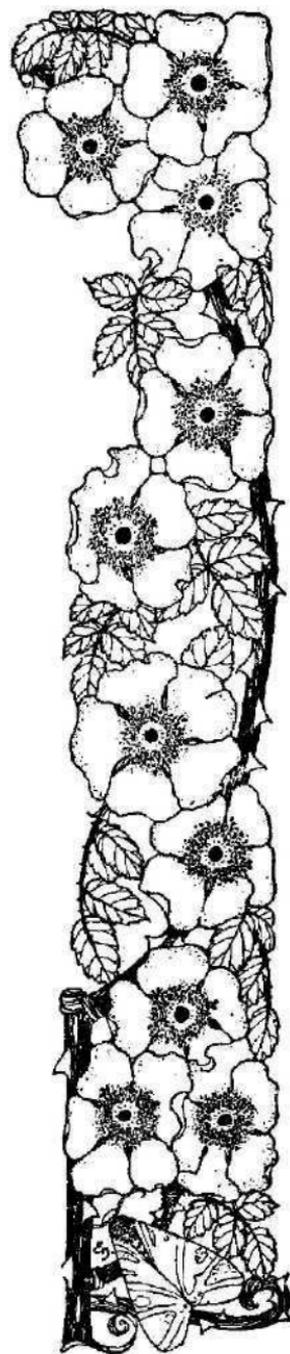
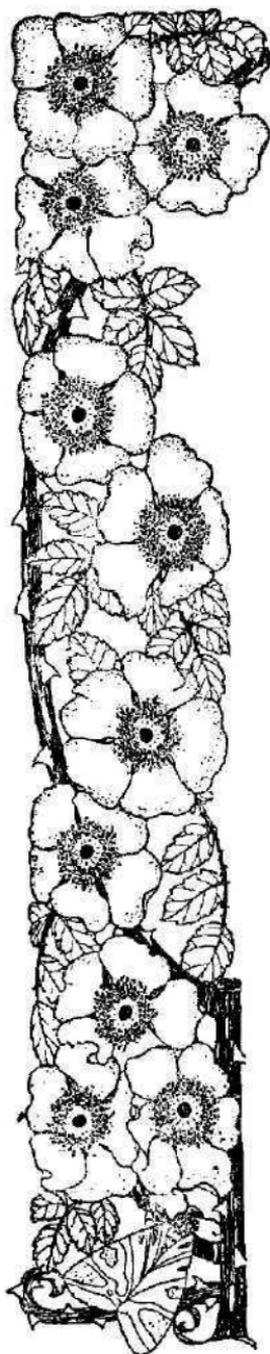
*Señor mi Dios, corona de los mundos,
Rey de la Biblia, vos de los arcanos :
híereme con tus dientes trácundos,
úsame como una de tus manos.*

*Dame obras que cumplir. Hazme profundos,
signos con que me aterulan mis hermanos,
ó hazme volar, como haces con los granos,
hacia la tierra en que serán fecundos.*

*Asombros quiero, porque estoy lloroso,
y de tu majestad sentir las huellas
para seguir mi rumbo proceloso.*

*Surge pues, con tu azote de cenizas,
y sobre el universo clamoroso,
rueda tu carro castigando estrellas*

ALONSO RIVERA.



Gracias por todo. Le estimo y respeto mucho, y tan grande merced como la que me viene con su invitación no puedo olvidarla.

Téngame asimismo por su amigo.

Alfonso Reyes²

* * *

Esta composición tuvo en la obra de Reyes quizá mayor repercusión afectiva que literaria. Vivía, cuando la escribió, la carrera política más azarosa de su padre el general Reyes, cuya muerte trágica marcó su vocación decisivamente, como Alfonso Reyes lo reconoció tantas veces. En plena campaña política, la Navidad de 1912, cuando en París se imprimía, sin él saberlo, su "Lamentación", tuvo lugar una escena familiar que Reyes dejó descrita en su *Oración del 9 de febrero* (de 1913, día de la muerte del general), pieza que Reyes redactó años después en Buenos Aires, entre el 9 de febrero de 1930 y el 20 agosto del mismo año: "Aquel roer diario [de la campaña del general] fue desarrollando su sensibilidad, fue dejándole los nervios desnudos. Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase *Que a golpes de dolor te has hecho malo*, me tapó la boca con las manos y me gritó: —¡Calla, blasfemo! ¡Eso nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen dentro!"

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico.

² Alberto Ghirardo (compilador), *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, pp. 413-414. [Edición al cuidado de Pedro Henríquez Ureña].

